

Palabras del doctor Mauricio Cárdenas Santa María en la entrega del premio "Medalla Juan Luis Londoño de la Cuesta"

Es para mi un verdadero honor presentar, por solicitud del gerente general del Banco de la República, el premio *Medalla Juan Luis Londoño de la Cuesta* que se entrega en su primera edición al doctor Alejandro Gaviria Uribe. A partir del presente año, esta medalla se otorgará bienalmente a los colombianos o colombianas de 40 años o menos, que a título individual o colectivo merezcan un reconocimiento especial por contribuir de manera significativa al progreso social de nuestra nación. Se trata de premiar los esfuerzos que al combinar el trabajo analítico y su aplicación práctica conduzcan al mejoramiento de la calidad de vida, en campos como la disminución de la pobreza, el analfabetismo y la mortalidad. También se reconocerán los aportes para mejorar la equidad y eficiencia en la provisión de educación, salud y vivienda social.

Juan Luis Londoño

La Medalla honra los valores y meritos que caracterizaron a ese gran colombiano que fue Juan Luis Londoño. No tengo duda alguna que de haber existido este premio con anterioridad a 1998, cuando Juan Luis cumplió 40 años, el

jurado le habría concedido el primer galardón. Por ello, resulta particularmente apropiado que honremos su memoria, reconociendo la labor de quienes quieren poner el esfuerzo intelectual al servicio del bienestar social, sin egoísmos ni vanidades.

Juan Luis Londoño fue un hombre con muchas habilidades. Un intelectual creativo y amante de la controversia, un periodista incisivo, pero sobre todo un ferviente creyente de la relevancia del servicio público, en donde sus convicciones -unidas a un talento especial para la persuasión- lo convirtieron en un reformista exitoso, capaz de llevar a buen término iniciativas complejas, en las que enfrentó grandes opositores.

Al hablar de la distribución del ingreso, Juan Luis decía que los cambios en Colombia habían ocurrido al doble de velocidad que en el resto del mundo. Lo mismo podríamos decir acerca de su vida. En sólo 44 años, logró hacer más que muchos. Las políticas e instituciones vigentes en la salud, el mercado laboral y el sistema pensional, llevan su marca.

Como muchos otros economistas colombianos, Juan Luis inició su carrera profesional en Fedesarrollo. Irradiaba espontaneidad e informalidad, siempre desde la orilla del rigor científico. Encontraba un gusto especial por rechazar las ideas convencionales. El mejor ejemplo fue su tesis doctoral, en la que mostró que los cambios en la desigualdad en Colombia fueron causados por la acumulación de capital humano. Este resultado, simple pero contundente, lo convirtió en un apasionado de la educación como herramienta para el progreso social. De hecho, le atribuía buena parte de los logros distributivos en Colombia al Plebiscito de 1957, que al elevar el gasto en educación, aumentó la escolaridad en las décadas siguientes. En octubre de 2003, el presidente Alvaro Uribe promovió un nuevo referendo -el primero desde 1957-. Una de las preguntas incluidas buscó redirigir las regalías petroleras hacia la educación. Recuerdo la pasión con la que Juan Luis defendía esta tesis que desafortunadamente no logró encumbrarse en la Constitución.

En 1990, después de completar su doctorado en la Universidad de Harvard, regresó a Colombia e hizo parte de la administración del presidente Cesar Gaviria, primero como subdirector del Departamento Nacional de Planeación y luego como ministro de Salud. Con el indiscutible liderazgo reformista del Presidente Gaviria, Armando Montenegro y Juan Luis, promovieron desde el DNP varias de las principales reformas sociales de nuestro tiempo. Muy temprano en esa administración se presentó al Congreso la reforma laboral, que fue aprobada en diciembre de 1990 y que de acuerdo a diversos estudios fue decisiva para que en 1994 se alcanzara una tasa de desempleo de 7,8%, la menor de nuestra historia moderna. De este periodo también

hay que recordar la introducción del SISBEN, que aunque con imperfecciones, ha demostrado ser una herramienta idónea para mejorar la focalización del gasto social. Además, en muchos sectores sociales se reformularon por completo las políticas e instituciones. Un buen ejemplo es la vivienda de interés social, donde después de décadas de ineficiencia, por decir lo menos, se abrió paso el sistema de subsidios monetarios a la demanda, vigente hoy en día.

Quizás son más recordadas las ejecutorias de Juan Luis como ministro de Salud de la Administración Gaviria. La ley 100 de 1993, que promovió en asocio de Luis Fernando Ramírez y de la que el entonces senador Alvaro Uribe fue ponente, rediseñó por completo el sistema de seguridad social. Los beneficios de esta reforma no se hicieron esperar. Al focalizar los gastos del gobierno en subsidios a la demanda, la reforma permitió duplicar la cobertura en salud en apenas cinco años. Que bueno sería que lográramos darle un segundo empuje a esos importantes avances y que tanto servirían sus ideas.

Después de finalizada la Administración Gaviria, viajó a Washington donde realizó algunas de sus principales contribuciones académicas. Como Juan Luis solía decir, Washington se había vuelto demasiado cómodo y añoraba la intensidad de Colombia. Regresó en 1996 para encontrar una nueva carrera como director de la Revista Dinero. Perdidamente irreverente, divertía a los lectores y agobiaba a los funcionarios públicos que pasaban por su incisiva pluma. Por ello, sentí cierto alivio personal cuando aplaudió la creación de la Red de Apoyo Social con su programa bandera *Familias en Acción*. Juan Luis celebró la decisión del Presidente Pastrana de adoptar un nuevo paradigma en la política

social, basado en los subsidios monetarios a los hogares de bajos recursos, condicionados a la asistencia escolar y la verificación periódica de las condiciones de salud y nutrición de los menores de edad. A juzgar por las evaluaciones recientes de este programa, que han sido muy favorables, Juan Luis hizo bien al respaldar estas iniciativas, en un ejercicio de periodismo crítico pero objetivo, no siempre presente en nuestro medio.

En agosto de 2002 fue nombrado Ministro de Salud y Trabajo por el Presidente Álvaro Uribe. El proceso de reforma se benefició otra vez de su inteligencia, energía y pasión. Antes de terminar ese año, el Congreso aprobó una reforma pensional que además de mejorar la sostenibilidad financiera del sistema, introdujo nuevos elementos de solidaridad, como el aseguramiento a los ancianos indigentes. También impulsó una segunda reforma laboral, esta vez orientada a ampliar la jornada laboral diurna y reducir los sobrecargos por trabajo durante dominicales y festivos. Las dos reformas fueron difíciles de tramitar por la oposición de ciertos sectores que habían logrado bloquearlas en los años anteriores. Con un gran respaldo del Presidente Uribe y aprovechando sus mejores dotes, se arremangó la camisa y buscó con tenacidad los consensos necesarios para lograr la aprobación de estas iniciativas.

En febrero de 2003, una semana antes de que el avión en el que viajaba a la ciudad de Popayán se accidentara en la Cordillera Central, Juan Luis había logrado darle vida al Ministerio de la Protección Social, uno de sus mayores sueños. Su plan era crear una institución funcional para atender integralmente las necesidades de los sectores menos favorecidos.

Origen del premio

La prematura e irreparable muerte de Juan Luis despertó un profundo sentimiento colectivo de dolor y pérdida. Rodrigo Botero, con la visión que siempre lo ha caracterizado y a la que le debemos la existencia de Fedesarrollo, tuvo la idea de canalizar estas emociones en una dirección constructiva y duradera. Rodrigo compartió su inquietud con María Zulema Velez de Londoño, quien se aseguró que se convirtiera en realidad con el invaluable apoyo de José Darío Uribe. Bien vale la pena hacer una breve pero sentida referencia a María Zulema, quien con su amor incondicional por Juan Luis fue su más importante soporte y guía. Mucho de lo que logró Juan Luis se lo debe a ella.

Con el concurso adicional de Cesar Gaviria, Juan José Echavarría, Rudolf Hommes y Armando Montenegro nació este premio. Con gran diligencia convocaron a quienes trabajamos en algún momento u otro cerca de Juan Luis, con el fin de contribuir a la creación del Fondo que respalda la iniciativa que hoy nos reúne. La respuesta no se hizo esperar. Más de medio centenar de personas e instituciones realizaron sus aportes, con lo que se logró constituir un patrimonio que hoy asciende a cerca de 200 millones de pesos.

La administración de este patrimonio, así como la secretaría del premio, se delegó en la Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, adscrita al Banco de la República. Para su primera convocatoria, la Junta Directiva del premio Juan Luis Londoño de la Cuesta designó como jurados a los doctores Jorge Iván González, José Leibovich, Hugo López, Diana Pinto y Carlos Eduardo Vélez, todos ellos profesionales del más alto reconocimiento académico.

En decisión unánime del jurado, el premio *Medalla Juan Luis Londoño de la Cuesta* le fue otorgado a Alejandro Gaviria Uribe, de 38 años, ingeniero civil de la Escuela de Ingeniería de Antioquia, magíster en economía de la Universidad de los Andes y doctor en Economía de la Universidad de California en San Diego. Actualmente es profesor e investigador de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes.

El jurado tuvo en cuenta sus logros académicos que incluyen doce publicaciones internacionales, más de 25 nacionales y cinco libros escritos o editados. Algunas de las publicaciones fueron pioneras en su campo y han servido de guía para el diseño de políticas públicas. Otras han permitido una mejor comprensión de la realidad nacional, en temas tan importantes como la evaluación de programas sociales y la vulnerabilidad económica de los hogares. Entre las distinciones académicas obtenidas por Alejandro se destaca el Alfred. P. Sloan Dissertation Fellowship, otorgado anualmente a los 25 mejores estudiantes de doctorado en los Estados Unidos, así como la beca Lauchlin Currie otorgada por el Banco de la República. En el plano laboral, como subdirector del Departamento Nacional de Planeación participó activamente en la elaboración del Plan Nacional de Desarrollo de la actual administración.

Alejandro Gaviria Uribe

Estas consideraciones hablan por sí solas. Dejan muy en claro que el jurado tuvo sobradas razones para premiar el trabajo de Alejandro, quien ha puesto un punto muy alto para las futuras convocatorias. Su prolífica carrera ha estado marcada por una combinación de trabajo académico riguroso, servicio público y periodismo

crítico. Además de esto, a través de la docencia, Alejandro se ha preocupado por transmitir sus conocimientos y despertar la curiosidad de decenas de estudiantes.

Estoy seguro que Alejandro nos deleitará esta noche con alguna reflexión, que como todo lo suyo, tendrá una buena dosis de creatividad, en medio de una lógica incuestionable y unas formas impecables. La claridad de su prosa, el dominio de la técnica y habilidad para desmembrar pausadamente un problema complejo y luego rearmarlo de manera que parezca obvio y simple, son virtudes que le han valido un amplio reconocimiento entre sus colegas no sólo en Colombia sino en el exterior.

Entre las múltiples contribuciones de Alejandro quiero destacar dos que en mi opinión son particularmente relevantes. En su trabajo sobre la evolución del crimen violento en Colombia, mostró como el impacto del narcotráfico sobre la congestión judicial y la consecuente reducción en la probabilidad de sanción de actos delictivos, fue un factor determinante del aumento en la criminalidad. También le dio sustento empírico y conceptual a un argumento novedoso: el narcotráfico familiarizó a ciertos sectores de la población con los métodos delictivos, lo cual convirtió al crimen en una actividad con rendimientos crecientes.

Las implicaciones de política pública de este trabajo, así como los de otros ilustres colombianos que han estudiado el tema, han sido importantes. Al poner el narcotráfico en el núcleo del problema y tratarlo de cierta manera como un hecho fortuito, le dio -quizás sin proponérselo- sustento al énfasis en la política antidrogas como eslabón fundamental de la estrategia de seguridad.

Quiero referirme, por último, a sus trabajos sobre movilidad social en América Latina en general, y en Colombia en particular. Estos trabajos, que publicó en Fedesarrollo, abordan uno de los problemas sociales más complejos de nuestro tiempo. De hecho, hace poco más de un año, tuve la oportunidad de escuchar a la hoy Secretaria de Estado de los Estados Unidos, Condolezza Rice -una mujer nacida hace 50 años en Birmingham (Alabama) en medio de la segregación racial- que el principal problema de los países andinos y, muy especialmente, de Colombia era precisamente la falta de movilidad social.

Y la verdad es que en este tema la señora Rice está en lo cierto. Contrario a lo que muchos sueñan y desean, la triste realidad es que en Colombia, con una altísima probabilidad, quien nace pobre, muere pobre. Sin embargo, es preciso advertir también que entre los que ganan la batalla contra las estadísticas se encuentran muchos de nuestros principales empresarios, quienes a punta de talento y dedicación -y no de herencias o linajes- han construido sus fortunas.

Con todo, la tozuda realidad documentada por Alejandro es que los niveles de movilidad social en Colombia son incluso menores que los de Perú y México, no propiamente por falta de capacidades sino más bien por ausencia de oportunidades. De hecho, la probabilidad de que un colombiano cuyos padres tienen sólo dos años de educación obtenga un título universitario es inferior a 1%, pero estaría por encima de 5% si tuviéramos los niveles de movilidad social de Perú. Según Alejandro, la falta de movilidad no es sólo un problema educativo, sino que también depende de la capacidad de los hogares de menores ingresos de contar con recursos adicionales -por la vía de subsidios- y

de mejorar su capacidad de enfrentar las coyunturas adversas, que por lo general implican retrocesos irreversibles.

Finalmente, quisiera hacer una referencia al último y reciente libro de Alejandro, *Del romanticismo al realismo social* y otros ensayos, que acaba de publicar Editorial Norma. Si en sus anteriores publicaciones había conocimiento, en esta hay sabiduría. En este libro, tenemos de por medio a un autor más libre y fluido, franco y directo en sus opiniones, dispuesto a tomar riesgos al apartarse de las convenciones tanto de forma como de fondo. Es un libro serio, donde hay espacio para el humor y la ironía. Estoy de acuerdo con el editorialista del diario *Portafolio*, que escribió hace justamente una semana, que es "un libro lleno de alimento intelectual, que enriquece las grandes discusiones de Colombia". Al igual que en su columna semanal en *El Espectador*, Alejandro ha adquirido una capacidad especial para salirse de la torre de marfil de la academia y enseñar lo valioso que puede ser el ejercicio profesional de la economía, especialmente para refutar los innumerables mitos que se han arraigado en nuestro país. Frente a los escépticos y los críticos de esta profesión, Alejandro es un ejemplo de independencia y relevancia.

Por todo esto, la medalla Juan Luis Londoño ha encontrado su perfecta contraparte en Alejandro Gaviria. Como se trata de un hombre sencillo y afable, este premio logrará su propósito de estimularlo a perseverar en el camino que se ha trazado y entusiasmará a las nuevas generaciones de economistas a aventurarse a recorrerlo. A él, y a los que vienen detrás les diría, parafraseando a Steve Jobs, el fundador de Apple, en su reciente discurso en la ceremonia de graduación en la Universidad de Stanford: "Manténganse sedientos, manténganse imprudentes".

Para terminar, es oportuno que esta exaltación de las vidas de Juan Luis Londoño y Alejandro Gaviria se extienda a sus familias aquí reunidas. Como bien lo recordó hace poco el economista catalán Xavier Sala-i-Martin "durante su desarrollo, el hombre representa

a toda la larga serie de sus antepasados y toda inclinación súbita hacia el bien o hacia el mal debe atribuirse a alguna poderosa influencia recibida de sus antecesores. El individuo viene a ser, por decirlo así, el compendio de la historia de su propio linaje".

Muchas gracias.

Bogotá, agosto 23 de 2005